

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



## PRECIOS.

	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
En Madrid.....		
En provincias.....		
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,  
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,  
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN  
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

Estudios históricos, *Alfonso XI el Justiciero*, por D. Julian Castellanos.—*La Resignación*, poesía, por Doña Antonia Díaz de Lamarque.—Galería histórica, IV, *Florinda*, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*El Invierno*, soneto, por Doña Faustina Saez de Melgar.—*Consecuencias de la envidia*, leyendas árabes, por la señorita Doña Rogelia Leon.—*Madrigal*, por Doña Feliciano Enriquez de Guzman.—*Revista de teatros*, por don Leandro A. Herrero.—*Charada*, por E. D.—Explicación del pliego de dibujos.—Variedades.

Pliego quinto de 16 páginas de *Cárlos y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO XI EL JUSTICIERO.

I.

Toca con este artículo á su término la tarea que nos impusimos de trazar á grandes rasgos los principales hechos de los reinados de los Alfonsos, reinados llenos de glorias y no exentos de reveses, y

en los cuales se encuentran, á nuestro modo de ver, las principales etapas de la reconquista.

Lutos, Calatañazor, Toledo, las Navas y el Salado, son otras tantas epopeyas gloriosas que, contrastando notablemente con las tristes de Zalaca, Alarcos, Martos y Algeciras, ponen de manifiesto cuánta constancia y heroísmo fué necesario emplear para romper el yugo de hierro que impusieron á nuestra patria los vencedores del Guadalete.

Pero dejémonos de consideraciones, pues debemos de ser breves, y bosquejemos el reinado del augusto hijo de D. Fernando IV.

II.

Muerto este monarca el 7 de Setiembre de 1312, último día del plazo que al ser despenados le señalaron los Carvajales, heredó el reino su hijo el infante D. Alfonso, de edad de trece meses, quedando de nuevo Castilla espuesta al torbellino de intrigas y ambiciones que traen siempre consigo las minorías de los reyes.

Larga, trabajosa y terrible fué la crisis por que atravesó nuestra patria, á pesar de los generosos es-



fuerzos de la noble reina doña María de Molina, desde la muerte de D. Fernando hasta que, al cumplir D. Alfonso los catorce años de edad, tomó por sí mismo en Valladolid el timón del Estado en 1323.

Los infantes D. Felipe, D. Juan Manuel y D. Juan el Tuerto; tutores del rey, apresuráronse á prestarle pleito-homenaje, reconociéndole como su legítimo señor, pero cansados al poco tiempo saliéronse de Valladolid, declarándose en abierta rebelión.

Mucho daño hubieran causado á D. Alfonso estos malcontentos señores, siendo como eran influyentes y poderosos, si el monarca, obrando con una política tan sagaz como previsora, no los hubiera logrado dividir, atrayéndose á D. Juan Manuel con palabra de unirse á su hija doña Constanza, prometida de D. Juan el Tuerto, quien, despechado por la nueva ofensa que recibiera viendo que el rey le quitaba la dama, pasóse á Aragon, donde contrajo matrimonio con doña Blanca, hija de D. Pedro de Castilla, muerto en la Vega de Granada.

Lo ventajoso de este enlace, por el cual se aumentaron considerablemente los grandes dominios de que D. Juan era dueño, su alianza con el rey de Aragon y su carácter enérgico y vengativo, eran otras tantas razones por las que el descontento infante aparecía á los ojos de D. Alfonso como un formidable enemigo; dada la posición crítica del reino, agitado aun con las escisiones y turbulencias de tan larga minoría.

Pero el joven monarca, no perdiendo esto de vista, y conociendo lo difícil que era reducir por fuerza de armas al que se encontraba con sobrados medios para devolver golpe por golpe, poseyendo como poseía más de ochenta, entre castillos y lugares, fió á la astucia lo que no era posible conseguir por otro medio.

Así, pues, envió mensajeros á D. Juan, brindándole á pasar á Toro con pretexto de concertar con él la manera más conveniente de hacer la guerra al emir de Granada.

Negóse D. Juan en un principio á acceder á lo que el rey pretendía; pero los mensajeros insistieron tanto, que al fin, escudado con un salvo-conduto del mismo D. Alfonso, acudió á Toro, en donde el día 31 de Octubre de 1326 fué muerto á puñaladas con otros dos de sus caballeros, en el real alcázar, de orden del monarca.

Sus villas y castillos fueron incorporados á la Corona, y su madre doña María cedió también á la

fuerza su señorío de Vizcaya en favor del rey.

Tan infuso modo de obrar, si bien valió á D. Alfonso la sumisión de los parciales del infante, causó tanto disgusto á D. Juan Manuel, que, abandonando la frontera, se retiró á tierra de Murcia, negándose á prestar su ayuda para la guerra con el emir de Granada, á quien, después de algunos sangrientos trances, arrancó D. Alfonso las fortalezas de Pruna, Olvera, Ayamonte y Torre de Algaquín.

Terminada esta campaña, y habiendo publicado el rey su deseo de unirse con doña María, hija del monarca de Portugal, después de encerrar, por odio sin duda á su padre, en el castillo de Toro, á doña Constanza Manuel, con quien, como ya dijimos, tenía prometido enlazarse, el padre de esta señora se separó por completo del servicio de Castilla, y aliándose al rey de Aragon y al emir de Granada, declaró la guerra á D. Alfonso.

El rey y el infante atacáronse entonces sus respectivas villas y castillos, haciéndose cuantos daños podían, hasta que, con motivo del enlace del rey de Aragon con doña Leonor, hermana del castellano, se hicieron paces entre los contendientes, y D. Alfonso, no tan solo devolvió á D. Juan su hija y sus señoríos, sino que le señaló una gruesa suma de dinero con condición de hacer la guerra á los moros en la frontera de Murcia.

### III.

Seguro ya D. Alfonso de la amistad del infante, llevó de nuevo sus armas al reino granadino, y con ayuda de su suegro el de Portugal, no tan solo se apoderó de la plaza de Teba, sino que derrotando en varios encuentros á los infieles, obligó á su emir á declararse vasallo y tributario de Castilla.

Estas victorias y la renuncia hecha por el infante D. Alfonso de la Cerda de sus derechos á la Corona empezaban á mejorar la situación de la monarquía, cuando la llama de un amor impuro, alzándose en el corazón del rey de un modo gigante, vino á comprometer de nuevo la tranquilidad de sus Estados.

Doña Leonor de Guzman, hija de D. Pedro Nuñez y viuda de D. Juan de Velasco, fué el objeto de la pasión del joven monarca, quien, dejándose llevar de su frenesí ardiente, entregóse por completo en brazos de su manceba, dejando á su esposa la reina doña María sola y abandonada en el alcázar de Sevilla.

Embriagado y enloquecido con aquella pasión,



cuidóse tan poco de los asuntos políticos, que el emir de Granada, á quien hiciera antes su tributario, rompiendo el yugo que le sujetaba á Castilla, púsose de nuevo en campaña, logrando arrojar á los cristianos de Gibraltar, y hacer otra vez suyas las plazas de Marbella, Ronda y Algeciras.

Á estos desgraciados sucesos, unióse tambien la guerra declarada á D. Alfonso por el rey de Portugal, deseoso de tomar venganza de la afrenta que con los amores de doña Leonor inferia el castellano á su hija la reina doña Maria.

Las huestes portuguesas y castellanas encontráronse lanza con lanza, y los campos de Yelves y Badajoz se abrevaron en sangre cristiana en diferentes encuentros en los dos años que duró aquella fraticida lucha, que vino por fin á terminarse merced á la intervencion del Pontífice Benito XII.

#### IV.

Á tiempo dieron paz á la mano los monarcas enemigos, pues á poco de transigidas sus diferencias llegó á Castilla la nueva de que el rey de Marruecos, Abul-Hassan, hacia grandes preparativos para invadir la Península, á fin de sujetarla de nuevo al yugo mahometano.

El peligro de tan próxima irrupcion, y la esperiencia del riesgo en que se vieron los Estados cristianos en las dos anteriores de Almorabides y Almohades, hicieron á todos deponer sus intestinas disputas, y puestos de acuerdo, se aprestaron á recibir al enemigo comun.

Mientras las huestes se reunian y preparábase lo necesario para salir á campaña, la escuadra aragonesa, compuesta de doce galeras al mando del almirante Gilabert de Cruyllas, uníase en el Estrecho con la castellana, mandada por D. Jofre Tenorio, con objeto de impedir el paso á las tropas que de África acudían á Gibraltar y Algeciras, puntos donde se estaba reuniendo el ejército árabe que debia hacer la invasion.

Pero el desgraciado fin de estos dos intrépidos marinos, muerto el uno de un flechazo en las costas de Algeciras, y el otro de un golpe de barra en un combate naval, dejó franco el paso á las galeras árabes, que siguieron conduciendo tropas, sin ser molestadas por nadie.

Reunida ya en la Península una hueste, compuesta, segun algunos, de cuatrocientos mil combatientes, el rey Abul-Hassan y el emir de Granada,

Yussuf Abul-Hegiag, abrieron la campaña, poniendo apretado cerco á Tarifa, defendida heroicamente por D. Juan Alfonso de Benavides, quien, resistiendo con sin igual entereza los ataques del enemigo, renovó con ínclito ardimiento los gloriosos laureles de Guzman el Bueno, hasta que los ejércitos combinados de Castilla y Portugal, dirigidos por sus reyes respectivos, vinieron en su ayuda.

Á la aproximacion de las huestes cristianas, levantaron el sitio los infieles, y dividiéndose en dos cuerpos, africanos y granadinos, aprestáronse al combate.

Un pequeño riachuelo, conocido con el nombre de *El Salado*, separaba el campo cristiano del de sus enemigos.

El lunes 30 de octubre de 1340, dióse al romper el alba la señal de acometida, y la batalla se trabó, arrojándose la gente de Castilla contra los africanos, y cargando con no menor denuedo los portugueses sobre las taifas granadinas.

El dia fué terrible y sangriento, á causa de la bravura y el coraje con que en todos lados se combatia, pero la Providencia no abandonó á los fieles en tan rudo trance, y los hijos del Desierto fueron vencidos por los soldados de la Cruz.

Á doscientos mil árabes hacen subir algunos cronistas el número de muertos en esta jornada, añadiendo además que, al terminarse el combate, el pequeño riachuelo, que dió nombre á esta batalla, trocó en rojas sus claras aguas: tanta fué la sangre vertida en tan glorioso dia.

El número de prisioneros, entre los cuales figuraban algunos de los capitanes de más nombre del ejército vencido y las hijas del rey de Marruecos, el considerable botin hallado en el campo y el terror que infundió en los hijos del Profeta tan sangriento trance, dieron á esta victoria una importancia tan considerable como la de los gloriosos triunfos de Calatañazor y las Navas.

Y así como á aquellas dos acciones memorables siguieron la rendicion de multitud de plazas y castillos, á esta sirvió tambien de corolario la toma de Alcalá la Real, Priego, Benamejía, Rute, y por último la de Algeciras, que se rindió despues de veinte meses de apretado cerco.

#### V.

Conquistadas las anteriores fortalezas y habiendo pactado paces con los árabes por diez años, D. Al-



fonso dedicóse al arreglo de los asuntos interiores del reino: hasta que con motivo de las revueltas que agitaron el África al ser destronado Abul-Hassan por sus hijos Almotwakil, resolvió no guardar con el usurpador la tregua pactada con su padre, y pensando en nuevas conquistas, reunió Cortes en Alcalá de Henares (1348)

Época forman en la historia civil y política de nuestra patria estas Cortes, tanto porque en ellas se decidió la ruidosa competencia que sobre preferencia de lugar venia agitándose entre Toledo y Burgos, cuanto por el nuevo arreglo que en ellas se introdujo en la legislación castellana, ya por declarar ley del reino y poner en práctica el Código de las *Siete Partidas*, como igualmente el Código de ley conocido con el nombre de *Ordenamiento de Alcalá*.

Terminadas estas Cortes, en las cuales se concedió al rey la continuación del impuesto de la alcabala para los gastos de la guerra, D. Alfonso marchó con su ejército á Andalucía, y sentando su campo en frente de Gibraltar, empezó á combatir la plaza de una manera terrible.

Pero la fortaleza del sitio y la bravura de sus defensores hicieron desistir del ataque al rey, quien, deseoso de economizar la sangre de los suyos, convirtió el sitio en bloqueo, esperando rendir la plaza por hambre.

Mas las esperanzas del monarca cristiano salieron fallidas, pues una mortífera epidemia que se desarrolló en el ejército, diezmándole de una manera cruel, hizo presa en su persona, de tal modo, que le ocasionó la muerte el 26 de marzo de 1350, á los treinta y nueve años de edad y treinta y ocho de su reinado.

El luto, el desaliento y el llanto apoderóse de toda la hueste, y levantando el cerco partieron á Sevilla con el cuerpo de su rey.

Así acabó el undécimo Alfonso, apellidado el *Justiciero*, dejando á su muerte por sucesor de la Corona á su único hijo legítimo D. Pedro, conocido en la historia con el sobrenombre de *El Cruel*.

JULIAN CASTELLANOS.

### LA RESIGNACION.

Es grato contemplar la esplendorosa  
Luz que derrama el sol en Occidente,  
Y grato respirar el manso ambiente  
De la apacible tarde silenciosa.

Grato es al alma que feliz olvida  
La amarga realidad de la existencia,  
Del Eterno admirar la omnipotencia  
Y bendecir sus obras sin medida.

Esos que el astro moribundo envia  
Templados rayos de dorada lumbre,  
Esa grandiosa y elevada cumbre  
Donde se vuelve la mirada mia:

Esas brillantes nubes de topacio  
Que lucen estendidas en la esfera  
Con esmalte divino, esa ligera  
Ave que cruza el anchuroso espacio:

Del manso rio que á mis piés ondea  
El apacible y lánguido murmullo,  
Ese risueño y armonioso arrullo  
Del álamo que el céfiro cimbrea:

El aire leve que anhelante aspiro  
De rosas y azahares perfumado,  
Y ese que el corazon enajenado  
Exhala á su pesar mudo suspiro;

Alivio dulce y celestial ofrecen  
Al alma inquieta si angustiada gime,  
Y el dolor se disipa que la oprime,  
Y bellos pensamientos la adormecen.

¡Ah! si el que sufre, mísero, no alcanza  
En el mundo infeliz algun consuelo,  
En grata soledad puede en el cielo  
La estrella contemplar de la esperanza.

Esperanza divina, lumbre pura,  
Por ti el olvido nuestras penas lleva,  
Por ti dichoso el corazon se eleva  
Á la morada de eternal ventura.

Tú das resignacion..... ¡Feliz, Dios santo,  
Quien resignado sus pesares mira,  
Y elevándose á Ti cuando suspira  
Enjuga en alas de la Fé su llanto!

Resignacion, tu antorcha resplandece  
Y plácida renace la alegría,  
Veloz se ahuyenta la inquietud impía,  
Y todo encanto celestial ofrece.

Á tu poder de las lozanas flores  
Son mas puros los hálitos suaves,  
Más sonoros los cantos de las aves,  
Más brillantes del sol los resplandores.

Resignacion; humanacion divina  
De las leyes del Dios Omnipotente,  
Santo consuelo, antorcha refulgente,



¡Dichoso aquel que á tu esplendor camina!

Feliz el que del mundo la grandeza  
Y falsas glorias con desprecio mira,  
Y la creacion entusiasmado admira,  
Mágica fuente de inmortal belleza.

Campos risueños, deliciosa calma,  
Último rayo de la luz del día,  
Vosotros la tenáz melancolía  
Podeis tan solo mitigar del alma.

Sí; que aquí vuelve con celeste anhelo  
Á la mansion etérea su mirada,  
Fiel repitiendo: "aquella es la morada  
Á donde libre tenderé mi vuelo."

Miseras son las dichas de la tierra,  
Allí es tan solo donde el bien se alcanza...  
¡Quién al brillo de célica esperanza  
La esperanza mundana no destierra?

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

Sevilla.

## GALERÍA HISTÓRICA.

### IV.

#### FLORINDA.

España, rescatada de la esclavitud romana por Eurico, redondeada por Leovigildo, elevada á su regeneracion religiosa por Recaredo, á su felicidad política por Recesvinto, y robustecida por Wamba, comienza en Ervigio á conmovirse, desmorónase á los impulsos de Egica, y no parece sino que, presagiendo su ruina, vacila en el reinado de Witiza para desplomarse en los tiempos del infeliz Rodrigo.

Los árabes, aquel pueblo salvaje y vigoroso, que en su incesante sed de conquistas avanzaba arrollándolo todo é inundando el mundo conocido con un mar de blancos turbantes, tiempo hacia que, detenido por el Océano, clavaba sus centelleantes y codiciosas miradas sobre las costas españolas, que al otro lado del Estrecho aparecian.

Wamba habia rechazado con su potente esfuerzo las primeras tentativas de la raza oriental por abordar á las costas de Europa, pero aquella muchedumbre de tigres africanos, lejos de cejar en sus intentos, confunde su incesante murmullo con las olas del Océano, y avanza hasta sus orillas arrollando á su paso Arcila, Tánger y Tetuan.

Varias veces quieren pasar el Estrecho que de España los separa, y siempre se ven rechazados en el heroico esfuerzo del cristiano Julian, gobernador de la inespugnable Ceuta, nombrado por el rey Witiza. Rodrigo, hijo del duque Teodofredo y primo del gran Pelayo, empuñaba el cetro de los godos.

Dividido el reino en banderías, el ejército indisciplinado, el clero en el desorden y la crápula y en la más vergonzosa molicie el pueblo, triste era el estado de España en aquel momento, en que sobre los peñascos de África asomaban los árabes, prontos á invadir el apetecido suelo de Iberia.

Y como si todos los males que rodeaban al infortunado Rodrigo no bastasen á su ruina y perdicion, un suceso altamente dramático y misterioso viene á empujar el reino al abismo que se abre.

Florinda era la jóven más hermosa de la corte de Rodrigo; tipo de las doncellas españolas: su belleza y candor eran la admiracion y el respeto de la imperial Toledo.

Hija del conde D. Julian, gobernador de Ceuta y Algeciras, y siguiendo la costumbre de la época, Florinda habitaba en palacio, al lado de la reina Egilona, y en clase de dama de honor con otras hijas de los nobles.

El rey la vió, y la amó.

Vanos fueron los ruegos y las súplicas que salieron de los labios reales pidiendo un recuerdo, una frase de cariño; los juramentos, las promesas se estrellaban en la virtud de la doncella, y los desdenes de Florinda aumentaron la locura de Rodrigo.

La fuerza alcanzó un día lo que los ruegos no, y el ángel del candor apartó sus ojos avergonzado.

Florinda, bañada en llanto, escribió á su noble padre la ignominia que acababa de caer sobre el escudo de sus mayores, y el conde D. Julian rugió de ira, y solo trató de aniquilar al forzador y á toda su raza.

Entonces pensó en aquellas huestes incansables y guerreras cuyos empujes estaba resistiendo tiempo hacia, y Muza recibió con júbilo del ultrajado magnate el ofrecimiento de pasar con sus gentes á España.

Nada más nos dice la historia con referencia á la desgraciada Florinda, causa inocente de tanta desventura.

Desdichada y pobre niña, que, con la hermosura por castigo, llevó á su sepulcro la maldicion de los suyos y la burla de los contrarios.



El árabe conquistador arrojó sobre la inocente jóven el padron de la ignominia, apellidándola en sus crónicas y romances con el epíteto injurioso de *La Cava* (La Ramera), y los cristianos execraron su memoria, que de generacion en generacion ha ido siempre unida á misteriosas leyendas y fábulas sin cuento.

Triste, muy triste, es el recuerdo de la infeliz Florinda, de aquella figura diáfana que al través de una nube de sangre se levanta cuando fijamos la vista en el tremendo drama de la invasion árabe.

La tradicion, esa hija adoptiva de la poesía, esa pintoresca musa que vive del pueblo y para el pueblo, recogió sobre sus alas de colores la memoria de la inocente Florinda. La tradicion la finge loca y encerrada por los moros en un torreón sobre las playas de África: ella también en la juzga cautiva en los harems de Damasco; pero, sea cierto ó no, cualquiera que fuese la suerte de la desventurada jóven, negada su existencia por algunos clásicos modernos, ó afianzada en crónicas antiguas, no puede dudarse que Florinda es una bellísima creacion del poeta, ó una lágrima de la historia.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

## EL INVIERNO.

SONETO.

¡Quién eres, di, anciano macilento,  
Qué da pavor tu pálida figura?

Al verte se entristece la natura,  
Y se escucha doquier hondo lamento.

Se encapota el azul del firmamento,  
Trocando su color por niebla oscura  
Que la llama del sol cubre insegura,  
Debilitando su ardoroso aliento.

Nace la aurora entre la escarcha fria,  
Y no hay aves, no hay flores, no hay aromas;  
Se respira una atmósfera sombría,  
Que surca solo la torcaz paloma.

Huye, invierno, y devuelve al claro cielo  
Su hermoso azul y su esmaltado velo.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

1855.

## CONSECUENCIAS DE LA ENVIDIA.

### LEYENDAS ARABES.

(Continuacion.)

El niño se arrastraba hasta ella, y la miraba fijamente, y viendo que no hacia caso de sus cariñosas miradas, volvía á su juego, sin meditar nada de aquel cambio que estaba bien lejos de alcanzar.

¡Edad dichosa, en que no sufrimos con otro dolor, ni estudiamos la desgracia, ni comprendemos la desesperacion de las criaturas!

Empezar á adivinar, es empezar á sufrir.

Comprender los dolores ajenos, es empezar á abrir en nuestro pecho la úlcera temible que jamás se cierra; pues vive con nosotros como la raíz del árbol, que solo muere cuando éste se seca.

El pequeñuelo Malek se atrevió á subirse en las rodillas de su hermana, y á tocar con su manita pequeña la barba, de la que tanto le había acariciado otras veces; pero esta le desvió con horror, y el niño fué á caer á sus plantas, quedando aun con la mano estendida hácia el rostro de Sharaca.

Esta no se movió, y el inocente se retiró á un ángulo del aposento, y escondiéndose tras de unas cortinas, estuvo sollozando mucho tiempo hasta quedarse dormido.

Era la primera vez que Sharaca le dejaba llorar sin consolarle; pero aquella crueldad no estaba en sus instintos. Sharaca tenia fiebre, y mas que fiebre, delirio.

No sabia cuánto pasaba en derredor, y solo de vez en cuando leía un viejo manuscrito que aquella mañana le había entregado sigilosamente una esclava, que pertenecía á una raza de idólatras terribles y crueles, y dados á toda clase de maldades y supercherías.

Aquel viejo libro había valido á la esclava un lindo collar de corales, con el cual se encontraba orgullosa.

Su jóven ama leía en él ávidamente, y se estaba infiltrando en su ponzoñoso veneno, como el novel amante en las primeras líneas que le dirige una mujer desenvuelta y libre, á quien ama con locura.

Pero no se trataba aquí de pasajes de esa clase. Aquellos fragmentos eran recetas, específicos y brujerías, con las cuales podia conseguirse cuanto anhelaba el deseo.

Sharaca ya no tenia fé en el talisman que le ha-



bía comprado al caldeo, puesto que en breve iba á ser Abdalí esposo de Amina, y ella iba á quedar, como todas las doncellas de la Mecá, sumergida en el más profundo dolor; pues perder á Abdalá, al mancebo airoso, modesto, dulce, bellissimo como el lucero que brilla en el horizonte, y codiciado de las más hermosas mujeres del Hegian, era para desesperarse y morir.

Ricos presentes traían á Amina de los sitios más lejanos de la Arabia, y se preparaban unas bodas felices y llenas de ventura y amor, porque ambos amantes se adoraban con locura, y en ambos resaltaban con la hermosura el pudor y la bondad, y la belleza de dos almas.

Que siempre se ha revelado en la criatura, á través de todas las creencias y todas las doctrinas, ese tesoro espiritual que indica los sentimientos del sér, y hace que resplandezcan como el cristal en el sol.

Entre aquellos infieles, entre aquellos gentiles, que más ajenos se encuentren al tesoro que llevan dentro de sí, hallareis rasgos que debieran revelar á ellos mismos el más alto de la miserable vida.

No hay sér que viva sin esperanza, y la esperanza, que vierte su primer sonrisa sobre nuestra cuna, al abrir los ojos á la luz, sigue nuestros pasos hasta el cementerio, y luego sube formando espirales, envuelta entre las nubes que conducen nuestra alma hasta hallar las puertas de la mansion celestial.

Sharaca luchaba y sufría, porque la esperanza iba desapareciendo de su corazón.

Mientras el niño Malek sollozaba entre las cortinas, ella leía estos bárbaros párrafos en aquel endemoniado libro que la seducía y arrastraba, como la serpiente que atrae y seduce al infeliz pajarillo, á quien envuelve en su aliento.

«El que quisiere resucitar y volver á ser y á vivir, haga degollar en su tumba sus camellos y sus caballos, hasta dejarla cubierta de sangre, empapando en ella los pies aquel á quien hubiese sido encomendado el sacrificio.»

«Si no se ofrece sangre, no será aplacada la ira de las imágenes del templo, y en vano vendrán las caravanas en sus tardíos dromedarios á visitarles.»

«Solo las fieras tienen el poder de hacer felices á los hombres.»

«Rogad al lagarto, á la culebra y al tigre, que allí siempre esperan, recostados en las aras, los quejidos de los desventurados.»

Sharaca leyó otra porción de pensamientos impíos, hojeó desesperada el libro, sin hallar lo que buscaba; mas de repente dió un grito, y la palma de su mano cayó sobre una hoja, como temiendo se escapase el párrafo que oprimía con desesperados movimientos convulsivos.

Cuando pudo tranquilizarse, fué levantando sus dedos, que parecían hojas de azucena, sin atreverse á descubrir de una vez el gran secreto que encerraba su felicidad.

El primer renglon que pudo leer fué este:

«Antes se hundirá el templo de la Cava, que deje de ser lo que ha estampado aquí el sábio filósofo, el que ha encanecido estudiando en la magia y en el sistema caldeo, para descubrir el medio de arrancar un corazón y hacerle vivir con otro.

«Las trescientas sesenta figuras, ídolos del árabe verdadero, se emplearán en servicio de la mujer enamorada si tuviese valor suficiente de ir á degollar un niño en cualquiera de las aras, ya remojadas con otra sangre.

«Si la mujer no es todo lo bella que desea, saldrá después del sacrificio trasformada en diosa; y si fuese estéril, y por lo tanto desamada de los buenos esposos que pudieran seguirla, sabiendo que desciende de la tribu de Sarac, cuando vuelva del templo, dejando allí la sangre del inocente, el hombre que ame la pedirá por esposa, y abandonará y odiará á las demás mujeres.

«El niño que se degüelle en el ara, ha de ser hermoso y de una tribu noble y rica, que, de no ser así, los vaticinios no se cumplirían.»

Sharaca no pudo leer más: una nube oscura se interpuso entre los viejos pergaminos y sus abrasados ojos.

Al mismo tiempo entró la funesta esclava, y se arrodilló delante de ella.

Esta mujer había concebido el plan de casarse con el viejo Malek, y para ello deseaba alejar de su lado á la hermosa Sharaca y al tierno niño, que tanto amaba su padre, único obstáculo de sus deseos ambiciosos.

—Malek morirá pronto, decía, y yo seré rica y libre, é iré á ofrecer mi mano á un hermoso mancebo de mi raza, ¡y la prosperidad y el bien serán con nosotros!



El viejo morirá, y si no sabe morir pronto, yo misma le daré el tósigo mortal, que mata sin sentir; que hace pasar al hombre del sueño de la vida al de la muerte con la misma ligereza que el sol se esconde detrás de una alta montaña.

Y no resucitará más; porque yo cuidaré que nadie sacrifique camellos ni caballos sobre su tumba.

Lo enviaré al desierto, y sus huesos volarán en los remotos arenales.

Y las caravanas de hombres y de dromedarios pasarán sobre ellos deshaciéndolos y pulverizándolos.

Él no resucitará, porque su esclava no quiere.

Necesito su oro para ser feliz.

Deseo mi libertad, porque las hembras de los tigres no pueden vivir encarceladas.

Mi sed no se apaga hasta beber en el arroyo de la falda de la sierra donde está mi cabaña querida.

De allí me arrancarán, como se arranca la leona cuando lame sus hijuelos en la gruta que los cria.

Á ella volveré cargada de joyas, y apagaré con goces desenfrenados las huellas de mi dolor.

He vivido sufriendo, y quiero morir gozando.

Tales eran las ideas de esta cruel y vengativa esclava al arrodillarse delante de su señora, que, distraída y febril, arrugaba entre sus manos el viejo libro.

Entretanto el niño había despertado, y asomaba su cabecita infantil por entre las cortinas, y sonreía mirando á las dos mujeres, y les enviaba besos con sus cinco dedos juntos, cuyas puntas besaba, tirando al aire el aliento que creía haber depositado en ellas.

La esclava apartó los ojos, porque temía enternecerse, y dijo á Sharaca con la mayor humildad:

—¿Has aguardado á muy tarde, señora!....

Una turba de esclavos vestidos con chaquetillas de raso carmesí conducen los regalos de Amina, que esta noche se desposa con Abdalá.

Sharaca dió un grito espantoso, y se puso de pié.

Á las puertas de la novia feliz hay multitud de músicos y cantores, que entonan en graciosos romances los méritos de Abdalá.

Preciosas baladas refieren su belleza, y la gloria de sus antepasados, y el aprecio en que le tienen las tribus vecinas.

Él será feliz, porque la felicidad ha venido á visitarle.

Muchas doncellas hermosas llevarán las hebras de oro en sus lindas manos, para echar suertes del caballero que les toque servir las durante las grandes bodas.

Muchos collares de perlas, árboles de coral y pulseras de esquisito valor, serán presentadas á la dichosa Amina, y tú, señora, debes regalarle el rico velo de los cien colores, consistente como la plata, á la vez que finísimo como la telaraña del jazmin.

Sharaca echó una mirada terrible á la esclava.

—Dime, malvada..... la dijo; ¿no te he comprado á costa de mis joyas la felicidad?....

¿No me has dicho tú misma que ese libro enseña el modo de ser feliz?

¡Amina debe morir, y Abdalá ser mio! ¡enséñame los medios!.... ¡Ay de tí si no lo consigis!....

Antes de atravesar mi pecho con un puñal, atravesaré el tuyo, y tu cuerpo será arrojado á los tigres y leones, mientras el mio se encerrará en una caja de bronce, por si algun dia Abdalá desea hacer que vuelva á la vida.

Vas á morir si no me haces dichosa. Tú, que sabes todos los secretos de los más sabios caldeos, enséñame el que te he comprado por mis más queridas joyas.

Dentro de poco, el sol habrá desaparecido en el horizonte, y la luna vendrá á alumbrar un tálamo. Haz que yo sea la que le ocupe en vez de la feliz Amina. Si tal consigues, mis tesoros serán para tí, y deponiendo mi altanería y orgullo, me rebajaré hasta llamarte amiga ó hermana, si quieres.

—Yo no quiero esos títulos, contestó la esclava cruzando los brazos é inclinándose con fingida humildad.

—Yo solo quiero que el dia de mañana te ofrezca sus primeras luces con amor, y que las flores entreabran sus capullos para darte sus aromas, y los pájaros canten lindísimas baladas entre graciosos gorgoros, que publiquen tu union con el hermoso Abdalá.

—Pues vamos; el tiempo vuela. Dime el modo de llegar á ese fin. Mi varita de oro ya no tiene poder: los talismanes se han negado á obedecerme.

He visitado las trescientas aras, y tampoco las imágenes me han oído. Ya va á morir mi esperanza, y tú y yo vamos á perecer con este afilado acero.

—¡Detente, señora! Cuando yo era niña, veía venir á las mujeres de mi tribu y degollar sus propios hi-



jos por aplacar las imágenes y que les concediesen aquello que más anhelaban (4).

Nunca ha quedado estéril esta clase de sacrificios: ahí tienes víctima que sacrificar, y la mano de Abdalá será tuya, dijo señalando el niño que seguía sonriendo.

Sharaca volvió la vista hacia la inocente criatura, y mirándola desencajada, exclamó pausadamente, como si cada una de estas frases fuese destilando veneno en el corazón: «El niño que se degüelle en el ara, ha de ser hermoso y de una tribu noble y rica, que, de no ser así, los vaticinios no se cumplirán.»

—Ahí está, contestó á la esclava friamente, señalando su tierno hermano. La esclava fué hacia donde asomaban los rizados cabellos del niño, y entreabriendo las cortinas, le cogió en sus brazos. La inocente criatura echó los bracitos en derredor del cuello de la esclava, y empezó á jugar con un medallón que esta llevaba al pecho.

—¡Vamos, señora! dijo llegando á Sharaca. ¡Vamos al templo!

—¡Oh! ¡tú.... tú irás con él!.... ¡Yo no quiero verlo! ¡Eso es horrible! ¿No ves que me sonríe, que me llama, que quiere abrazarme?

La malvada mujer soltó el niño en el suelo, y cogió el libro, presentándolo abierto á su señora, mientras su dedo índice señalaba algunos renglones.

«La sangre derramada será inútil si la misma mano que hiere no perteneciese al cuerpo que debe ser premiado por las imágenes y los monstruos.

«El que algo desee hiera sin temor, y si la víctima se resiste y lucha, golpéela sin piedad, que cuanto mayor sea la sangre vertida, más serán las gracias para el que ejecute el sacrificio.

«Para el que sepa herir, no habrá imposibles.

«La tierra será de los más duros de corazón y más fuertes en su brazo.

«El que no tenga valor, morirá como las inmensas nubes de langosta que caen en los desiertos, rabiando de sed furiosa; pero el que clave la saeta en el corazón, ó la afilada hoja que separa las carnes y deja ancha brecha abierta, vivirá siempre rodeado de amores y dichas.»

—¿Qué tardas? preguntó Sharaca á la esclava, ti-

rando el libro lejos de sí, y dando una carcajada histérica como la del ángel caído, cuando vió que descendía, y descendía á la tierra, sin poder levantar el vuelo hacia el cielo, de donde había sido arrojado por su maldad.

—Aquí está el puñal, señora, contestó friamente la esclava. A mí no me toca herir.

—¿Quién te ha dicho que yo soy cobarde? dijo la desesperada infiel rompiendo con ambas manos una vasija que parecía de bronce, y que estremeció el suelo al saltar hecha pedazos.

Aquellas fuerzas no eran naturales en una mujer; pero esta mujer ya no estaba en sí.

La envidia y todas las malas pasiones de los seres sin fé ni temor, se habían despertado en su alma, como una sierpe que asoma cada una de sus siete cabezas, queriendo con todas ellas devorar la humanidad.

Sharaca sin duda había perdido la razón; porque no se concibe, aun en los más malvados seres, aun en los fanatismos más ridículos y exagerados, que la voz de la razón no grite, y que la fraternidad no haga oír su poderoso acento y su cariñoso influjo.

Los desencajados ojos de la hija de Malek se fijaron varias veces en el pobre niño, y le encontró humilde y amoroso, tendiendo sus manecitas y esforzando el cuerpo por llegar á dar un salto y abrazarse de la mórbida espalda de su hermana, como acostumbraba hacer en sus juegos infantiles; pero cuando vió que en vez de miradas cariñosas despedían fuego é ira los ojos de la que le había servido de madre y le había arrullado con ternura, corrió á esconderse de nuevo tras las cortinas, diciendo con gracioso enojo:

—Yo le contaré á Malek que has roto esa pieza que le servía para echar la ceniza de su pipa, y le contaré que no me quieres, y que la esclava es mala, muy mala, porque te hace llorar, y á mí también.

Y que tienes un libro que escondes cuando él llega, y que yo paso los días encerrado en esa alcoba; porque quieres maltratarme, y que me iba á subir á tus rodillas y me hicistes rodar el suelo, haciéndome daño.

Y voy á romper mis juguetes porque ya no me quieres; y voy á irme con Malek, mi padre, á Baetra, donde llevan los más bonitos juguetes: ¿verdad, Sharaca?

(4) Histórico. Llegó á tal el barbarismo de algunas tribus, que degollaban, sin piedad inocentes criaturas, no perdonando aquellas á quienes habían dado el ser, por celebrar sus ritos infernales.



—¿Callarás? le contestó su hermana levantando el brazo amenazante.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

## MADRIGAL.

Dijo el Amor, sentado á las orillas  
De un arroyuelo puro, manso y lento;  
"Silencio, florecillas,  
No retoceis con el lascivo viento;  
Que duerme Galatea, y si despierta,  
Tened por cosa cierta  
Que no habeis de ser flores  
En viendo sus colores,  
Ni yo de hoy mas Amor, si ella me mira."  
Tan dulces flechas de sus ojos tira.

(De doña Feliciano Enriquez de Guzman (1))

## REVISTA DE TEATROS.

### ALBUM DE LA VIOLETA.

*El Corazon en la mano*, drama en cinco actos y en prosa, original del Sr. Escrich.—Estrenos en Jovellanos y en el Circo.—Fausto, ópera del maestro Gounod.

El teatro de Variedades nos ha ofrecido en la semana última, como novedad, un drama en cinco actos y en prosa, nominado *El Corazon en la mano*; su autor, D. Enrique Perez Escrich.

Este drama, cuyo éxito fué muy dudoso, está inspirado sobre una de las parábolas más hermosas de Jesucristo, la del *Hijo pródigo*, y nos complacemos en reconocer que ha sido trazado con una intencion moral verdaderamente plausible.

Aparte de esta circunstancia, *El Corazon en la mano* es una obra [de escasisimo ingenio, que se aparta no poco de la verosimilitud, resultando lánguida y convencional, no solo por la pobreza de la trama, sino por la anulacion casi completa de los caracteres.

El argumento es simplicisimo, y aunque contie-

(1) Fué natural de Sevilla. Estudió en Salamanca disfrazada en hábito varonil. Lope, en el *Laurel de Apolo*, habla de sus amores. Escribió la *Tragicomedia de los jardines y campos sabeos*.

ne bastantes elementos dramáticos, no han sido aprovechados convenientemente, por cuya razon languidece la obra á cada paso, y pierden el interés los episodios. Solo el quinto acto es el que conmueve de una manera propia y natural, y eso porque tiene lugar en él la lectura de la parábola del Evangelio.

Ya en otra ocasion nos ha presentado la escena la figura del hijo pródigo, delineada por la escelente pluma de los Sres. Alarcon y Cisneros, y aunque los dramas de aquellos autores no son de primer orden, tienen en su abono la galañura de las formas, la profundidad de los pensamientos y la correccion del estilo, sacrificado tristemente en la obra que nos ocupa. Esta era una razon poderosa que debia haber movido al Sr. Escrich para no tratar este asunto sin una seguridad completa de poder conducirle á mejor término.

Y no solo se resiente su última produccion dramática de la flojedad de la invencion, sino que, como estudio de costumbres, es una cosa infeliz, que refleja lo poco que se ha dedicado á estudiarlas y á conocerlas; bien que todo esto se desprende del impropio diseño de los caracteres, y del lenguaje extraño que ha puesto en boca de algunos de ellos.

Los cuatro actos primeros son mortales y soporíferos, resultando inútil de todo punto el cuarto, que no puede admitirse como gradacion legítima y necesaria; además se comprende que han sido hechos despues del quinto, cosa que hace resaltar doblemente la convencionalidad de la obra.

Aparte de alguno que otro toque delicado y de la plausible intencion moral que resalta en el último drama del Sr. Escrich, no tiene condiciones dignas de encomio, y no ha logrado cautivarnos. Pudiera decirse que hemos sido convocados en el coliseo para escuchar la lectura de la parábola de Jesucristo, muy buena por cierto, pero insuficiente por sí misma para formar un drama. En la ejecucion se distinguen bastante el Sr. Romea y las Sras. Palma y Diaz.

El teatro de Jovellanos también nos ha ofrecido como novedad una funcion extraordinaria en honor de Calderon de la Barca, representándose su inolvidable comedia *El Alcalde de Zalamea*, refundida por Ayala.

La ejecucion de esta obra fué tan ruin y desventurada que arrojamos sobre ella el velo del olvido para evitar amarguras á los actores que tomaron



parte, ya que en la misma culpa han encontrado la penitencia.

La misma noche se estrenó en aquel coliseo una comedia en un acto nominada *La chispa eléctrica*, arreglo del francés del Sr. Pastorfido. Esta comedia, salpicada de chistes de color subido, y versificada medianamente, fué bien recibida por la concurrencia, que aplaudió algunas de sus escenas.

El mismo éxito ha alcanzado en el coliseo del Circo una zarzuela en un acto y en verso, letra y música de la señorita doña Natividad Rojas, titulada *Una apuesta en la velada de San Juan*. El público acogió la obra con benevolencia y galantería, celebrando la original circunstancia de pertenecer á la autora el *spartito* y la letra. Al final mereció el honor de ser llamada al palco escénico.

El coliseo de Oriente nos ha favorecido con la presentación de *Fausto*, obra colosal, tomada del poema de Goëthe, y engastada en música por el genio de Gounod.

Quisiéramos tener espacio suficiente para examinar esta obra con el detenimiento debido, á fin de dar á nuestros lectores una idea, aunque pálida, de su grandiosidad y escelencia como forma, y como ardiente manifestación de lo bello. Es imposible para la pluma reproducir las emociones que despierta en el alma ese melancólico y á la vez terrífico idilio de las pasiones humanas, representados con tan soberano acierto, abarcando todas las fases con que se manifiestan, y formando un conjunto inesplicable, donde se reconoce al hombre tal y como es, con sus dos naturalezas divina y humana, criatura sublime y desgraciada, nacida para el placer y para el dolor, grandemente superior y espontáneamente deforme, susceptible de llegar al paraíso, y de precipitarse en el infierno, arrojada á este valle de lágrimas para viajar sin tregua ni descanso por los sombríos derroteros de la vida, y condenada á luchar perpétuamente con ese tremendo fantasma del destino, á cuya existencia se asocian los misterios más formidables.

El poema de Goëthe, como obra de filosofía, es el absurdo, es la impiedad, es la blasfemia espléndidamente decorada, aunque sin bases ni fundamento: como obra de estética, como belleza, es el apoteísmo de lo sublime, es la última sílaba de la eufonia poética, es el perfecto ideal de la mta profana, bañado en un ambiente arrobador y deleitante que se infiltra en las misteriosas fuentes del sentimiento, que adormece el alma, que reasume todas las armonías,

que compendia, en fin, todos los sueños desvanecidos de ese sonámbulo inmenso de la vida que se llama *el hombre*.

Tal es el poema de Goëthe.

La partitura de Gounod, creada para un libreto convencional, no puede caracterizar por completo la expresión indefinida del poema, pero realiza lo que es dable á la música, quiere decir, se adapta á los momentos y á las situaciones arrancadas de aquel hechicero idilio, logrando identificarse con él á veces de tal manera, que produce conmociones inesplicables, y se hace oír con una fruición propiamente vertiginosa.

Verdad es que este *spartito* no abunda en concertantes; pero en cambio es un raudal perenne de armonía, y se diversifican en él los temas con tan admirable espontaneidad, y con inspiración tan fecunda, que no se encuentra en ellos una sola repetición monótona, circunstancia que eleva á grande altura, y que no alcanza con frecuencia imitación cumplida.

En la ejecución de esta obra se han distinguido mucho la Sra. Spezzia, Selva y Mario.

Selva, sobre todo, ha caracterizado su papel de Mefistófeles con suma discreción y elevado talento, demostrando que es un artista de primer orden, y que ha hecho un estudio profundo del poema, lo cual le ha proporcionado en recompensa las ovaciones que pueden enorgullecerle con justicia.

La *Mise en scene*, de un efecto sorprendente. Las decoraciones, los trajes, todos los accesorios que exige la representación de la ópera, han rivalizado en gusto y riqueza, por cuya razón está la empresa de enhorabuena. Del drama *La Espada y El Laud*, estrenado en la noche del miércoles en el Príncipe, nos ocuparemos otro día.

LEANDRO A. HERRERO.

### CHARADA.

Preposicion es mi prima,  
Y vocal para mas señas;  
Mi segunda es muy temible;  
Por no estarse nunca quieta;  
Mas son peor las dos juntas,  
Por que apuros grandes cuesta.  
Prima y tercera sin falta  
En el verbo *hacer* se encuentra;



Y es mi todo un adjetivo,  
Del buen café grata muestra.

E. D.

*Solucion de la charada anterior, inserta en el número 440, página 23.*

MI-RA-FLO-RES.

### ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

**Núm. 1.** Cuello, aplicacion de nansouck sobre tul de Bruselas.

**Núm. 2.** Tira parecida al cuello para guarnecer las mangas.

**Núms. 3 y 4.** Cuello y puños de percal doble, bordado á plumetis.

**Núms. 5 y 6.** Cuello y puños de muselina, á plumetis y feston.

**Núm. 7.** Punta de pañuelo para bordar sobre batista á plumetis y punto de armas.

**Núm. 8.** Escudo para pañuelo.

**Núm. 9.** Punta de pañuelo sobre batista, á plumetis y calados.

**Núm. 10.** Dibujo para enagua de color; se ejecuta con trencillas negras y cuentas negras para formar las bellotas.

**Núm. 11.** Dibujo *soutache* para enaguas ó peinadores.

**Núm. 12.** Otra tira para ropa blanca.

**Núm. 13.** Dibujo para vestido de niño. Se borda con trencillas mezcladas de abalorios.

**Núm. 14.** Otro dibujo *soutache* para adorno de faldas.

**Núm. 15.** Escudo bordado á cordoncillo.

**Núm. 16.** Y otro escudo á plumetis.

**Núm. 17.** Punta de pañuelo de *guipur*.

**Núm. 18.** Tira de *guipur* para almohadas ó cortinas.

### LABORES.

**Núm. 19.** Cuadro de *guipur*, que debe alternarse con otros cuadros de bordado inglés, y podrá servir, dándole el tamaño necesario, para respaldos de butacas ó divanes.

Para que la explicacion de esta labor sea más fá-

cil, hemos separado las diferentes clases de puntos, y vamos á explicarlos detalladamente, segun los representa el dibujo.

**Núm. 20.** 4.º Punto al pasado: se ve en el dibujo el modo de llevar el hilo, que es sencillamente como un zurcido.

2.º Es como un punto de feston muy flojo, y solo se cuidará de pasar la aguja debajo de cada hilo horizontal que se encuentra yendo del uno al otro.

3.º Es un punto de feston doble; despues de hecha la primera vuelta como el núm. 2.º, se hace otra en sentido inverso; para ir de un punto á otro se pasa la aguja en la lazada que forma el feston precedente. Puede interrumpirse la carrera para subir á hacer la flor en el cuadro de encima, como lo indica el dibujo.

**Núm. 21.** 4.º Esto es una rueda ó milano que se hace sobre cuatro cuadritos de la malla, del mismo modelo que los calados del bordado inglés; en el centro se hace un punto como zurcido, siempre dando vuelta, y pasando la aguja alternativamente encima y debajo de cada hilo que se encuentra.

5.º Punto mate. Este trabajo es un punto enteramente tupido, y para explicarlo mejor, hemos representado dos cuadros cuatro veces mayores que el natural, con la aguja colocada del modo que se forma el punto.

Para el núm. 6, la aguja debe pasar debajo de la malla de lo alto del cuadro y debajo del hilo, con el cual se trabaja, conforme lo representa el dibujo, que está bien indicado en los cuadros 6 y 7.

**Núm. 22.** Dibujo á plumetis, cifra y corona para ropa de cama, núms. 23 y 24, nombres, y un alfabeto de letras grandes para sábanas.

### SEGUNDO LADO.

#### PATRONES.

Representan un cuerpo con aldetas para vestido de señora, y un patron de cuerpo para un vestidito de niña de cuatro á seis años: los adornos de este son de terciopelo.

Por todo lo no firmado,

*El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.*

**Editor propietario, VALENTIN MELGAR.**

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Calle de Preciados, 74, bajo.